

ESTUDIOS

ASPECTOS NEGATIVOS DEL SINCRETISMO Y DEL PRAGMATISMO POLITICOS

Nuestra época es una época de diálogo, una época que procura que la cultura coexista no sólo con doctrinas de tipo filosófico, sino también con doctrinas de tipo político.

Los aspectos positivos del diálogo son evidentes: rompe el aislamiento, facilita la comprensión, agudiza el espíritu de crítica, supera los dogmatismos y suprime los elementos sediciosos donde el dogma no lo puede hacer, y todavía menos la siempre nociva intolerancia.

El acercamiento con objeto de comprenderse, de conseguir la unidad dentro de la verdad, es el gran mensaje ecuménico que ha dado nuevas perspectivas a la cristiandad, y que puede llevar a grandes conquistas espirituales.

Aunque en el terreno político resulte necesario conocer las ideas del adversario, comprenderlas constituye un deber; abordar los diferentes puntos de vista, con el propósito de hacer que cada esfuerzo converja en una acción constructiva, es un imperativo para cualquiera que de verdad pretenda perseguir el bien común.

Pero una vez considerados tan evidentes aspectos positivos, es obligatorio señalar algunos peligros, de los que no nos faltan datos, y que a veces son también motivo de preocupación en la experiencia política actual.

Un primer peligro lo podría constituir la tendencia, inconsciente o no, a un sincretismo ideológico; en segundo lugar, el avance de un pragmatismo empírico, inclinado a sacrificar las exigencias de los ideales políticos en los vaivenes del tráfico político.

El primero se presta a equívocos doctrinales; el segundo a que prevalezcan los intereses empíricos sobre el finalismo ético. El primero contamina a toda la ideología política, el segundo la ignora o la transforma en un instrumento ocasional del éxito práctico.

En el ambiente político en el que nos movemos no deja de manifestarse un ansia de saber, pero la falta de seguridad también se deja sentir.

El relativismo existencialista también ha incidido e incide en la esfera de lo político sin angustia y sin incomunicabilidad, aunque sin fe en lo absoluto.

La esfera del posibilismo se extiende hasta llegar al mundo de lo relativo, como lo demuestra el encuentro, no excepcional, entre los diversos programas políticos de las alas extremas (absolutismo de extrema izquierda y de extrema derecha), o el hecho de concebir una tercera fuerza no como una superación dialéctica de la oposición entre libertad y autoridad, entre individuo y comunidad, entre el bien particular y el bien común, sino como un compromiso híbrido entre estos y aquellos términos de la dialéctica política teniendo tan sólo en cuenta lo que las circunstancias del momento aconsejen.

Pero tampoco hay aquí nada que sea nuevo.

No creemos que el sincretismo se dé únicamente en el aspecto religioso, sino que de forma muy parecida se produce a veces un sincretismo de tipo político.

Petazzoni vio en el sincretismo religioso aquella tendencia irenea que tiene por objeto promover la fusión de las diferentes religiones. Esta tendencia religiosa implica un eclecticismo sustancial: y con este motivo es conveniente recordar que el budismo aceptó convivir con las diversas religiones preexistentes que encontró en su expansión a través del mundo asiático; por el contrario, el cristianismo combatió y reemplazó a las religiones paganas, con las cuales no podía convivir. Se trató, pues, no de convivir con el cristiano, sino de convertirse al cristianismo. Aunque en la esfera de acción de la política constantemente se está persiguiendo el establecimiento del método sincrético, cuya finalidad es favorecer la convivencia política entre las diversas y también opuestas doctrinas e instituciones políticas, en realidad se trata de una forma de lucha como otra cualquiera, de lucha para convertir y sustituir. Desde la Antigüedad, pasando por la Edad Media, hasta llegar a la Moderna, no es difícil identificar el paso de una a otra fase del acontecer político.

Los regímenes blandos y tímidos prefirieron aquel tipo de convivencia que conduce al hibridismo, mientras que los regímenes ideológica y fuertemente caracterizados o provocan traumas revolucionarios que —como la Ilustración a lo largo de la Revolución francesa— se apoderan de las instituciones existentes para reemplazarlas en su momento, o bien se valen de la penetración o del apostolado ideológico para absorber y transformar el anterior régimen político.

No se produce aquí ningún hibridismo, ninguna fusión que pudiera dar lugar a un confusionismo; ninguna mezcla, sino disolución por un lado y renovación por otro.

El sincretismo político puede ser una consecuencia de la política del diálogo. La raíz del error se encuentra en el diálogo sofístico.

El hábito de dialogar por medio de sofismas nace y se desarrolla con la política de la decadencia.

Es después de las guerras persas cuando se produce un colapso ideológico en la Atenas del siglo V; fue esta una de las causas de la decadencia de la democracia. El político exige al filósofo sofista, no el arte de conocer lo que es bueno para la polis, sino el arte de conquistar el Poder incluso sirviéndose del artificio de la oratoria. A la base de esta exigencia sofística se encuentra la desilusión de aquellos tiempos fáciles y oscuros en cuanto a las posibilidades de justificar y orientar racionalmente la realidad social.

La demagogia imperante exigía a la filosofía de aquella época conocer y practicar el arte de ser hábil en el diálogo y en la acción. El diálogo o bien se entendía como instrumento de poder en cuanto ayuda a prevalecer sobre el partido de la oposición, o es un fin en sí mismo, un sucedáneo de la búsqueda de la verdad en cuanto brota de la escéptica convicción de que es imposible llegar a un conocimiento objetivo de lo que es bueno para la polis.

Este escepticismo sincrético políticamente resulta ser un elemento disolvente, porque reemplaza a la base estable, ya sea del derecho o de la costumbre, negando cada derecho natural objetivo y permanente y cada norma de costumbre estable.

Al llevar a la práctica la teoría del diálogo sofístico, lo que realmente importa es el arte de decir y de influir, no el contenido de la política misma sino su forma de expresión.

También en un siglo como el nuestro, tan lejano a la sofística, tiene lugar una ampliación de la esfera y de las formas del conocimiento, pero la variedad de las expresiones mundo religioso, filosófico, moral, jurídico y político no lleva a calar más hondo en los valores, sino al escepticismo de la dialéctica sofística. Todo puede suceder en política, y todo se puede legitimar a través de la política. Se tiene puesta la atención en aquello que cambia, en el devenir político, y no en lo que prevalece, es decir, en la esencia de la polis. Se ve lo que cambia y no lo que permanece. El anticonservadurismo conduce no a que se capte la esencia de lo que acontece sino a que la esencia se anule en el acontecer. Pero, ¿qué es lo que realmente progresa, si no existe un ser que progrese? El progreso puro es una forma sin contenido, no es un modo de ser.

En el diálogo de la sofística de todas las épocas se refleja el espíritu erástico. Es decir, que no se trata de una mayéutica o de una didáctica que lleve a conocer la política del adversario para ayudarlo a que salga de su error político.

La realidad política es la historia de la sociedad, pero no de la sociedad

en su esencia sino en su fluir, y los valores opuestos, en vez de excluirse entre sí, convergen en la dialéctica del diálogo.

Protágoras había dicho que el hombre era la medida de todas las cosas, y los sofistas en su dialogar llegaron a decir que todo se puede sostener y refutar, porque todas las cosas se miden a través del hombre.

No es una simple casualidad el hecho de que la tesis según la cual el derecho natural no es más que el derecho del que más fuerte nazca, precisamente, en el ambiente escéptico del diálogo sofístico. Es por esta razón por la que la variedad de regímenes se produce como consecuencia de la variedad de las leyes en relación con las variaciones que experimenta la fuerza.

Si afirmamos, con Protágoras, que en relación con los dioses ni se puede asegurar que existan ni que no existan, ¿qué tendremos que decir entonces de las leyes y de los regímenes políticos?

Nuestro humanismo cristiano, del cual ha partido nuestra polémica y nuestra lucha contra las dictaduras, nada tiene en común con la idea de Protágoras del hombre como medida de todas las cosas. Nuestro humanismo cristiano se apoya en valores objetivos y, por consiguiente, naturales y permanentes del hombre. Por este motivo, no el subjetivismo o el relativismo de Protágoras, sino también el «así me parece» en vez de el «así es» del escepticismo pirroniano o del posterior eclecticismo.

Aceptemos el diálogo en cuanto instrumento para un más exacto conocimiento del error y para calar más hondo en la verdad. Pero no puede establecerse un diálogo político entre los diversos y opuestos partidos; una especie de dogmática de la duda nunca puede llevar a la duda sistemática que paraliza la acción.

El diálogo no puede implicar una permanente fluidez de la ideología política: deberá tener por objeto la revisión crítica de la ideología o su apolo-gética contra los ataques, o también el apostolado de las convicciones morales, sobre las cuales se basa la ideología.

Esta negación de cada sincretismo sofístico se concreta en el diálogo socrático; este diálogo subordina la acción política a la doctrina política, mediante una acción que también se puede realizar en común, con contribuciones comunes encaminadas a conseguir la verdad y no a perderse en discusiones políticas y, por consiguiente, a eliminar la posibilidad de una doctrina política coherente.

Es a causa de esta fe en lo absoluto por lo que Sócrates habló de reforma moral.

La sofística del diálogo político puede, por lo tanto, ser negativa en cuanto hace menos clara a la seguridad política, debilitando así las ideologías y,

sobre todo, lo categórico de los imperativos morales al minar la creencia en los valores éticos.

El pragmatismo llega a establecer conclusiones análogas a las del sincretismo político, y a las de la dialéctica sofística.

El cada vez más arrollador y absorbente pragmatismo político de nuestra época presenta muy poca novedad en relación con la que presentaba el pragmatismo de todas las épocas decadentes. Cuando las grandes ideologías, que han marcado revoluciones radicales e indudables etapas revolucionarias de la historia de los pueblos, se debilitan en el espíritu de los hombres y de las instituciones sociales, un practicismo frío pasa a ocupar su lugar.

Hombres y partidos incapaces de mantener vivo el sagrado fuego de las ideas-fuerza, ponen no su sabiduría sino su pericia al servicio de la así llamada política de las cosas y de los hechos, que es la política del empirismo confiada al aprovechamiento o al éxito del momento.

Si es lógico que la política estudie las condiciones sociales para que los fines sociales se cumplan, no tendría razón de ser aquella gnoseología política que presumiese de conocer únicamente el valor de las acciones por sus resultados, rechazando el estudio de las causas y descuidando lo heterogéneo de las finalidades éticas y políticas.

Los encargados de planificar la sociedad —si por un lado tienen el enorme mérito de procurar la racionalización de la vida política y económica, para garantizar la justicia distributiva y el progreso del mundo— por otro, es posible que caigan en el error de considerar empíricamente la comprobación de una previsión que no está de acuerdo en cuanto a la calidad de esta previsión. ¡Como si de la mala semilla no naciesen también brotes y arbustos!

Del mismo modo, en la doctrina del sufragio universal late un motivo de tipo pragmático y empírico, desde el momento en que la importancia concedida al número hace que se tome la cantidad como signo de calidad. Puede ser el indicio, pero nunca la prueba.

Nuestra civilización política es pragmática desde el momento en que piense que la verdad tiene que depender del cumplimiento de las previsiones que han sido programadas y planificadas, de la eficacia práctica de los programas. Tiene lugar, así, una degradación de la ideología política, a la que se reduce o a un puro instrumentalismo que pretende garantizar la fuerza motriz necesaria, o a un elemento de conservación del poder, o también a un elemento que actúa teniendo en cuenta lo fructuoso o lo infructuoso en relación con los intereses de los particulares, ya sea del individuo, del grupo o de una clase.

Disponer de antemano las experiencias políticas y garantizarles la eficacia son, ciertamente, fines indeclinables del actuar político; pero todo ello resulta válido si la típica pregunta del pragmatismo «qué hacer» se encuentra refe-

rida a una ideología, a lo que técnicamente se ha considerado como válido, es decir, al mundo de los valores.

La política no es un puro acontecer: es un acontecer humano, es decir, que en la realidad se encuentra entretrejida con acciones prácticas, pero poseyendo las mismas características de toda acción humana: sujeto, medio, fin.

Es, sobre todo, por sus fines por lo que se distinguen las ideologías políticas, con sus diversas doctrinas sobre el individuo y la sociedad, de los bienes personales y comunes, y no a causa de las relaciones funcionales entre individuos y bienes.

El aspecto negativo del pragmatismo político no se encuentra al insistir sobre el voluntarismo político (siendo obvio que no hay acción política sin determinación de la voluntad política), sino al considerar la eficacia de la acción política como la única medida de su valor. El valor de la acción viene dado por su mayor o menor éxito.

Es evidente que en política se requiere de manera especial una capacidad de actuación (arte de la política), pero el hecho de mejorar la capacidad y hacer que la acción sea eficaz, nada nos dice sobre el valor ideal de la acción política cuando se cree, como lo cree el pragmatismo político, que no existen intereses teóricos sustanciales en las ideologías que van más allá de la eficacia de la acción.

Por consiguiente, ni el sincretismo, ni el pragmatismo, pueden ser considerados como elementos válidos de la política del diálogo, ni de la coexistencia entre cultura y política.

Coexistir es un bien supremo, siempre que no tenga que pagarse con el precio del hibridismo ideológico o del empirismo pragmático.

GUIDO GONELLA

R É S U M É

Notre époque est sans doute une époque de dialogue. Les aspects positifs du dialogue sont, certes, évidents, mais on ne saurait, cependant, en négliger les dangers. L'un d'entre eux est la tendance, consciente ou non, à un syncretisme idéologique, l'autre le progrès du pragmatisme empirique.

Le syncretisme politique peut naître de la politique du dialogue. La racine de l'erreur se trouve dans le dialogue sophistique. C'est la politique de la décadence qui engendre cette façon de dialogue par moyen de sophismes. Le dialogue sophistique trahit, à toutes les époques, l'esprit d'Héraclite. La politique du dialogue politique peut être négative pour autant qu'elle rend

moins claire la sécurité politique, qu'elle affaiblit les idéologies et le caractère catégorique des impératifs moraux, en sapant la croyance aux valeurs éthiques.

Le pragmatisme politique, de plus en plus à l'honneur de nos jours, n'offre rien de nouveau par rapport à celui de toutes les époques de décadence. Les hommes et les partis, incapables de maintenir vivant le feu des idées-force mettent sinon leur talent, du moins leur adresse au service de ce qu'on est convenu d'appeler la politique des choses et des faits, c'est à dire la politique visant à tirer profit des circonstances ou des succès du moment présent. Notre civilisation politique est pragmatique du fait qu'elle pense que la vérité doit dépendre de l'accomplissement des prévisions programmées. L'aspect négatif du pragmatisme politique n'est point tant dans l'insistance sur la volonté politique, que dans le fait qu'il considère que l'efficacité de l'action politique est la seule mesure de sa valeur.

Ni le pragmatisme, ni le syncrétisme ne peuvent donc être tenus comme étant des éléments valables de la politique du dialogue, ni non plus de la coexistence entre cultures et politique. Coexister est un bien suprême pourvu qu'on n'ait pas à le payer au prix d'un hybridisme idéologique ou d'un empirisme pragmatique.

S U M M A R Y

Our time is a time of dialogue. The positive aspects of dialogue are quite clear, but some of the dangers involved must also be taken into consideration; one is the tendency, unconscious or not, towards ideological syncretism; another, the increase of empirical pragmatism.

Political syncretism can be a consequence of the dialogue policy. The root of the error is to be found in sophistical dialogue. The habit of talking by means of sophisms is born and develops with the politics of decadence. In sophistical dialogue, throughout all epochs a "eracliteo" spirit is refelcted. The sophistical aspect of political dialogue can be negative insofar as it makes political security less clear, weakening ideologies and categorical moral imperatives by undermining the belief in ethical values.

Political pragmatism, increasingly important in our time, offers little change regarding pragmatism of all decadent epochs. Men and parties incapable of keeping alive the sacred fire of ideas-strength or force, give, not their knowledge but rather their skill to the service of the so-called policy of things and facts, which is in fact the policy of empiricism entrusted to the advantage or success of the moment. Our political civilization is pragmatical

when realizing that truth must depend on the fulfillment of the planned provisions. The negative aspect of political pragmatism cannot be found by insisting on political voluntarism, but by considering the efficiency of political action as the only means of measuring its just value.

Consequently, neither syncretism nor pragmatism can be considered as valid elements of dialogue policy or of co-existence between cultures and politics. To co-exist is the best thing in the world unless it has to pay the price of ideological hybridism or pragmatism.